

Casiano Floristán: un hombre de Dios,

por **Máximo García Ruiz**



Casiano
Floristán

Corría el mes de octubre del año 1985 cuando, con mi título de licenciado en teología recién adquirido, me presentaba en la ventanilla del Instituto de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid, para matricularme en el programa de doctorado. Mis amigos de Costa Rica me habían facilitado un nombre: **Casiano Floristán**. El había dirigido la tesis de los pocos colegas protestantes (todos latinoamericanos) que hasta ese momento habían cursado sus estudios en ese centro universitario católico español (a lo largo de su vida académica ha dirigido por encima de las 30 tesis doctorales). Y yo iba a ser el primer español protestante que lo hacía, no exento de cierto recelo, pero con una gran expectación. Con su carácter afable, cercano, y esa expresión socarrona de navarro recio, consiguió desde el primer día que nos conocimos que me sintiera cómodamente instalado no solamente ante el maestro, sino ante el amigo. El supo convertir la relación de aquellos tres años de discipulado en algo más que una mera relación académica, haciendo que los encuentros de tutoría fueran, sin perder el rigor de la exigencia, encuentros de amigos comiendo en su casa o en la mía, o en algún otro lugar próximo a su domicilio.

Cuando en la mañana del día 2 de enero recibo una llamada telefónica de mi amigo y discípulo a su vez de Casiano Floristán, Juan José Tamayo, informándome del fallecimiento el día anterior de nuestro maestro, no era capaz de dar crédito a la realidad; se cerraban veinte años de entrañable amistad, surgida en aquél otoño de 1985. ¡Y hacía tan poco tiempo que habíamos estado juntos, resentido él de sus dolencias de rodilla, es cierto, pero con su mente preclara y su buen ánimo, que nada hacía sospechar que su final estuviera tan próximo! Casiano había nacido en un pueblecito de las Bardenas Reales de Navarra, Arguedas, del que se sentía muy orgulloso, el 4 de noviembre de 1926; hacía muy poco que le habían declarado hijo predilecto y hecho un homenaje popular. Hace dos años tuve la curiosidad de visitar la zona y comprobé personalmente que era un hombre conocido y respetado en su localidad natal. Un hombre en pleno dominio de sus facultades creativas, demasiado joven para morir.

El profesor Floristán procede de una familia de profundas raíces católicas; no obstante fue tardía la vocación sacerdotal que le llevaría a los treinta años al Seminario y a los estudios de teología en Innsbruck (Austria) y Tubinga (Alemania), después de haberse licenciado en Ciencias Químicas en Zaragoza. De su paso por estos centros teológicos, estudiando bajo la dirección de los grandes teólogos católicos del momento como Jungmann y Karl Rahner, y siendo condiscípulo de otros que llegarían a convertirse en referentes de la teología católica del siglo veinte, como Baptist Metz o Hans Küng, entre otros muchos, salió un teólogo comprometido y honesto que supo darle a la teología pastoral, desde su cátedra en la Universidad Pontificia de Salamanca, un rango de disciplina de primer nivel teológico, tomando siempre como referencia dos ejes importantes: el rigor científico y la realidad social. "La teología -decía- tiene que dar respuestas claras a las demandas sociales". Su crédito ascendente le llevó a ser nombrado perito del Concilio Vaticano II, del que era un gran conocedor y experto.

Su postura crítica, poco dado a ser intimidado, le coloca muy pronto entre los teólogos incómodos para la jerarquía de su iglesia, especialmente cuando al frente de la Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII, por él presidida durante sus ocho primeros años de existencia, impulsa una teología no conformista con los giros revisionistas de los avances que había promovido el Vaticano II. Esa postura hace que tenga serias dificultades no solamente con la jerarquía episcopal sino también con la académica, que pudo ir bandeándose gracias al prestigio que como teólogo había conseguido y nunca porque él renunciara a su denuncia y actitud crítica. Recuerdo que a este respecto le hizo gracia lo que le dije en cierta ocasión: "La Iglesia Católica ha perdido un obispo pero ha ganado un gran pastor". Efectivamente, además de su dimensión como teólogo pastoralista de referencia necesaria, Casiano Floristán fue un pastor que nunca abandonó su compromiso con la Comunidad de Base de la Resurrección (en la práctica una comunidad de creyentes al estilo de las congregaciones evangélicas) que fundó en el año 1968, al reflujó de los cambios auspiciados por el Concilio Vaticano II, y que le acompañó en el funeral celebrado en Arguedas el pasado día 2 de enero. No era un hombre sometido a la disciplina de la iglesia católica, pero nunca perdió sus vínculos formales con ella. Siendo yo aún estudiante bajo su tutoría, y sorprendido por su capacidad crítica de todo aquello que como evangélico a mí me parecía reprobable en la iglesia católica, percibiendo en él una identidad ideológica con mis propias convicciones, le dije mientras comíamos distendidamente en mi casa: "¿Y cómo puedes seguir estando dentro de una iglesia

manteniendo ese nivel de contestación a temas tan fundamentales de la doctrina?”. Su respuesta, discreta, me dio a entender que no podía imaginarse en otro lugar que no fuera su iglesia de siempre. El se consideraba a sí mismo un fermento profético dentro de “la Iglesia”, concepto del que, a pesar de su teología avanzada, le costaba trabajo desprenderse, pero que llegó a cambiar por el de “iglesias” cuando discutíamos en Comité el título del XXI Congreso de Teología, que finalmente quedó fijado, con su asentimiento, como “Democracia y Pluralismo en la Sociedad y **en las Iglesias**”.

Su magisterio lo extendió durante muchos años a las Américas, a donde viajaba los veranos para impartir conferencias y cursos en comunidades hispanas católicas en Estados Unidos y/o en países latinoamericanos. Hace unos años, a su regreso de uno de estos viajes, en el que estuvo en la Universidad Bíblica Latinoamericana de Costa Rica, tomando contacto directo con profesores y estudiantes protestantes, compartía conmigo su sorpresa al descubrir una comunidad docente tan vitalista. Fue una estancia penosa en el aspecto físico, al verse sometido a una enfermedad que hizo que el dolor se acrecentara en la soledad, pero que le aportó una hermosa experiencia de fraternidad. No fue ésta, por supuesto, la única ocasión que tuvo de relacionarse con colectivos protestantes; durante el curso 2004-2005, le invité a dar una clase magistral en el Seminario Teológico UEBE, en Alcobendas, en el entorno de la asignatura que yo impartía sobre Religiones Comparadas, para que diera una visión actualizada del Catolicismo, y su paso por el Seminario Bautista dejó una huella indeleble entre profesores y alumnos. En otras ocasiones le había invitado a impartir conferencias en el entorno de las iglesias protestantes.

Su fe estaba despojada de fanatismos y formalidades innecesarias. Siempre la hizo compatible con el trabajo riguroso, con la amistad sincera, con el compromiso social..... ¡y con su enorme e irreductible afición al fútbol, seguidor fiel del Real Madrid, cuyos encuentros televisados difícilmente se perdía!

Hemos perdido a un amigo. Y también a un teólogo preclaro, universal. Queda el recuerdo de su magisterio y de su amistad. Quedan sus libros. Y permanece su ejemplo de hombre de Dios.